

DEL AMOR Y EL MATRIMONIO (1)

Padre Arnaldo Bazan

1. POR QUÉ LA GENTE SE CASA

Pese a que hay tantos fracasos matrimoniales, que inducirían a pensar que no es posible conseguir la felicidad por ese camino, todo los años millones de parejas unen sus vidas con el propósito de compartirlas.

Esto significa que hay algo que puede más que el temor al fracaso, y es esa innata vocación que tienen los seres humanos a la vida en común. La Escritura pone en boca de Dios estas palabras: No es bueno que el hombre esté solo (Génesis 2,18).

El problema estriba en que muchos se equivocan al elegir al que ha de acompañarlos en esta comunión, mientras otros se aventuran alegre e irresponsablemente, sin aportar lo necesario para que su unión pueda ser estable.

Casarse es algo que la gente ha estado haciendo desde los comienzos de la humanidad, sin que, a pesar del tiempo transcurrido, se haya podido inventar otra cosa mejor. Todos los intentos a este respecto han sido meras imitaciones del matrimonio.

EL PLAN DE DIOS

La Palabra de Dios nos da la respuesta a esta interrogante, cuando nos expresa la manifiesta voluntad del Señor al crear dos sexos que fueran complementarios, no sólo en orden a la procreación, como sería en los animales, sino también para que exista una unión afectiva que permita a la pareja una íntima comunicación de sentimientos que les produzca gozo y felicidad.

La Biblia lo expresa con toda claridad: Por eso el hombre abandonará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne (Génesis 2,24).

Luego es ley de vida que, llegado el momento, hombre y mujer se encuentren en el amor y hagan de la unión de sus vidas un precioso medio de comunión y responsabilidades compartidas, algo que forma parte del plan de Dios, aunque dejando al ser humano la suficiente autonomía para que, por sí mismo, decida sobre su consorte y corra hasta el riesgo de equivocarse y extraviarse en la búsqueda del verdadero amor.

EDUCACIÓN PARA EL AMOR

Esta es la principal razón por la que vemos que el matrimonio no funciona como un reloj, ni las apetencias sexuales están controladas totalmente, sino que se requiere una educación y una decisión personal que conduzcan al ser humano a ser dueño de sí mismo.

Hombre y mujer, dejados a su propio albedrío, tenderán fácilmente al amor libre y, por lo tanto, a la búsqueda del placer sin responsabilidades, ya que la ley del menor esfuerzo induce a encontrar los frutos sin trabajo previo.

Cuando hombre y mujer, engañados por sus apetitos carnales, simplemente se dejan llevar, sin intentar siquiera controlarlos, lo que resulta de ahí es el fenómeno que con tanta frecuencia vemos: mujeres abandonadas, niños infelices, abortos, infidelidades, suicidios y crímenes. El desenfreno conduce al desastre.

Por eso, para que exista el matrimonio, se requiere que haya una aceptación seria y responsable, por parte del hombre y de la mujer, de que se trata de algo querido por Dios y sujeto a sus leyes, para felicidad de la pareja y bien de los hijos.

Todos podrán decir que el libertinaje sexual produce placer, pero nadie sería capaz de afirmar que ha logrado hacer feliz a nadie. La mujer, en todo esto, suele ser la más perjudicada, por ser la de sentimientos más finos y físicamente más débil, lo que la hace propensa, como de hecho ocurre constantemente, a crueles abusos.

¿Quién sino la mujer es la que paga la consecuencia cuando queda embarazada y el hombre se desentiende? Claro que ella misma, con frecuencia, hará pagar al que es también fruto de su irresponsabilidad, destruyendo su vida antes del nacimiento, pero esto anadirá otro sufrimiento, físico y moral, a su ya desgraciada experiencia.

Hoy la facilidad con que se procuran los medios anticonceptivos ha permitido a muchas jóvenes entregarse sexualmente sin mayores miramientos, sólo para descubrir luego, con grandísima frecuencia, que han servido simplemente de instrumento de placer, de juguete carnal de los apetitos de unos egoístas en los que habían depositado, quizás por inexperiencia, toda su ilusión.

La exigencia de la moral cristiana de que el matrimonio sea el marco adecuado de las relaciones sexuales puede parecer demasiado anticuado a los que se han acostumbrado a vivir únicamente para el placer, pero cuando se comprende que sólo el amor y el compromiso son los que dignifican la unión sexual y la hacen el vehículo de un gozo que llena toda la persona, somos capaces de aceptar que, efectivamente, el sexo sin amor es una ofensa al amor de Dios, que nos ha creado para algo mucho más importante que revolcarnos en el mero placer carnal.

2. CASARSE POR LA IGLESIA

Cuando una pareja pide el matrimonio por la Iglesia es normal que se indague su intención para hacerlo. Debe quedar bien claro que no se trata de algo que puede hacer cualquiera, pues aunque la Iglesia no es un "guetto", tampoco puede administrar los sacramentos sin las debidas condiciones.

Casarse es una cosa. Casarse por la Iglesia es otra. Y no es que se contrapongan. Simplemente que lo primero puede verse como lo normal para cualquier pareja que se ame, mientras que lo segundo lo es sólo para las parejas que, además de amarse, son personas que viven su fe cristiana.

Esto último significa que han aceptado conscientemente a Dios en sus vidas y tienen a Jesucristo como su Salvador, por lo que, habiendo recibido el Bautismo y la Confirmación, están conscientes de su pertenencia a la Iglesia y son miembros activos de ella.

Esto último, por supuesto, excluye del matrimonio-sacramento a todos aquellos que, aun siendo buenas personas y amándose mucho, no están tratando de llevar una vida cristiana conforme a las enseñanzas de la Iglesia Católica.

MOTIVOS PARA CASARSE

No son pocos los que ven en la boda religiosa algo bonito y deseable, sobre todo si se realiza en una iglesia hermosa. Esto jamás podrá ser un buen motivo para recibir el sacramento.

Tampoco lo sería, desde luego, el haberle prometido a padres o abuelos el casarse por la Iglesia, ya que si éstos son católicos saben muy bien que el motivo principal para casarse es el amor, pero para hacerlo por la Iglesia lo es la fe vivida en la comunidad de la Iglesia.

Los sacramentos se nos dan para vivir la vida de la gracia divina. Se trata, por tanto, de algo que tiene que ver no sólo con este mundo, sino también con la pertenencia al Reino de Dios.

Por el Bautismo recibimos esta nueva vida, como dice claramente Jesús: Quien no renace del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios (Juan 3,5).

Los demás sacramentos están destinados a conservar esa vida nueva y hacerla crecer en nosotros. Pero esto no es algo automático, sino que requiere la aceptación consciente de cada quien.

¿Cómo podrá uno hacer crecer lo que no tiene? Si una persona, incluso si ha sido bautizada y ha recibido otros sacramentos, a la hora de su matrimonio está totalmente apartada de Cristo, por lo que no posee la gracia de Dios, tendría primero que pasar por un proceso de reconversión y de reinserción en la Iglesia, si es que quiere recibir el sacramento matrimonial.

Es indudable que son muchas las presiones sociales que surgen alrededor del matrimonio, ya que hasta padres y familiares que no son católicos prácticos tratan, a veces, de que la pareja contraiga un matrimonio católico, por aquello del "qué dirán" y por aparentar que se está en lo que realmente no se está.

Hay que rechazar con energía - lo que lamentablemente no se hizo durante mucho tiempo -, todo intento de convertir los sacramentos en acontecimientos sociales o tradiciones familiares o nacionales. Aunque se hieran susceptibilidades, la Iglesia está obligada a decir NO cuando no haya una clara constancia de que los motivos por los que se pide el sacramento son los correctos.

MATRIMONIOS MIXTOS

Puede darse el caso - con todo -, de que una persona católica se haya enamorado de un ateo, de un indiferente en materia religiosa o de alguien que practica otra religión.

Aunque estos matrimonios son en principio desaconsejables, a menudo es imposible impedirlos, por lo que la Iglesia acepta la posibilidad de que se produzcan.

Eso sí, en todos los casos, la parte no católica deberá aceptar ciertas condiciones que permitan a la católica seguir practicando su fe y tener la oportunidad de educar a los hijos como católicos.

En un caso así tiene que quedar muy claro que la Iglesia actúa solamente en atención a la parte católica, que tiene derecho a casarse con aquel de quien está enamorada, aunque si lo hace con una persona no bautizada tal matrimonio se considerará válido pero no será un sacramento.

Para ello se requiere una dispensa especial que ha de conceder el Obispo a través del Tribunal Eclesiástico. La Iglesia nunca acepta como válido el matrimonio de un católico que se case solo por lo civil o ante un ministro de otra religión, a menos que, en este último caso, se haya recibido la citada dispensa. (o con cuanto hombre aparezca). Esto se termina, completamente, el día que llegan a enamorarse, pues solo entonces logran comprender que frente a eso no hay opción mejor.

Claro que podría darse el caso de hombres y mujeres a los que yo llamo espiritualmente castrados, que son incapaces de llegar al verdadero amor, sin que se pueda descubrir siempre las razones que existen para ello.

3. LOS CAMINOS DEL AMOR

Cuando un hombre y una mujer se dan cuenta de que mutuamente se atraen, no significa necesariamente que se aman. Esto podrá ser un primer paso, desde luego, pero que a lo mejor no conduce a nada.

Lo cierto es que si a esa atracción sigue un desarrollo de sentimientos más profundos que hacen que ambos logren afinar esa atracción hasta hacerla exclusiva, se produce una conclusión que puede ser expresada de esta forma: "Sin ti no puedo vivir".

A esta aseveración negativa tiene que seguir, necesariamente, otra positiva, que es como su complemento: "Necesito compartir mi vida contigo".

Esto se entiende, por supuesto, no como una aventura sino como algo muy serio, pues el que siente el verdadero amor NO PUEDE MENOS DE querer que su encuentro sea para siempre.

Muchos jóvenes hay que, dándose las de libertinos, afirman que ellos nunca se casarán, pues es mucho más sabroso saborear las delicias del placer sexual con todas las mujeres que se pueda (o con cuanto hombre aparezca). Esto se termina, completamente, el día que llegan a enamorarse, pues sólo entonces logran comprender que frente a eso no hay opción mejor.

Claro que podría darse el caso de hombres y mujeres a los que yo llamo espiritualmente castrados, que son incapaces de llegar al verdadero amor, sin que se pueda descubrir siempre las razones que existen para ello.

EL DESARROLLO DE LA AFECTIVIDAD

El desarrollo sico-sexual de la persona llega a su maduración cuando es capaz de la exclusividad, es decir, cuando consigue la capacidad para el amor.

Para que esto se logre es necesario que exista un cambio radical en las relaciones del sujeto con sus padres. No porque se exija un rompimiento total, sino que su escala afectiva de valores no puede seguir coincidiendo con la que tenía en la niñez. En los primeros años de la vida la dependencia afectiva de los hijos es total, de forma que sus padres son para ellos prácticamente todo. Un niño podría decir, con toda razón, a cada uno de sus progenitores: "Sin ti no puedo vivir".

Una sana educación debe llevar a los hijos a colocar a sus padres, a su debido tiempo, en un segundo plano, para que así puedan ocupar el primero quienes han de ser el complemento de sus vidas.

Cuando esta reducción afectiva no se logra, se mantiene una situación de inmadurez que impide llegar a conclusiones definitivas. Un matrimonio realizado en estas circunstancias resultará, seguramente, un fracaso.

Un esposo o esposa jamás podrá decir: Para mí mi madre o mi padre es lo primero. Esto demostraría una inmadurez que atentaría directamente contra la estabilidad del matrimonio y su permanencia.

Bien claramente se dice en la Escritura: Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne (Genesis 2,24).

Esto mismo valdría para el amor de los padres por los hijos. En modo alguno puede ser aceptado que uno de los progenitores diga: "Para mí los hijos están por encima de mi cónyuge".

Si de verdad el cónyuge siente así estaríamos ante un matrimonio donde existe un grave fallo. Si es algo que se dice sin verdaderamente sentirlo sería un error lamentable.

EL AMOR

No hay maneras de definir el amor. Por más que queramos ponerle una etiqueta tendremos siempre que concluir que es insuficiente. Es que algo que constituye tan grande y poderoso sentimiento es imposible de ser explicado por medio de palabras.

Lo más que podríamos decir es que el amor es demostrable, es decir, que aquel que ama se comporta de una manera muy especial con la persona amada.

Por otro lado, el enamorado ve que su vida se transforma, pues ya hay un aliciente poderoso que le hace mirar las cosas de otra forma, constituyendo un nuevo incentivo y razón para vivir.

Quien ama de verdad ya no puede ser el mismo, pues todo su ser queda tocado, irremisiblemente, por aquello que siente.

Algunos, es muy cierto, tienen un mal juicio del amor, y hasta se atreven a afirmar que no existe o es un espejismo, una ilusión que engaña sólo por un tiempo.

Esto reafirma que el amor no es susceptible de ser definido, sino que ha de ser sentido, por lo que quien no lo conoce pensará que no existe o es un simple fantasma.

Otra opinión bastante extendida es que el amor no puede durar toda la vida. Si acaso algunos años. Y como demostración presentan la gran cantidad de parejas que fracasan en su sincero intento por compartir su vida sobre una base permanente.

Esto último sólo prueba que conservar el amor es algo difícil, pues se trata de un verdadero tesoro. El que muchos hayan perdido sus fortunas no quiere decir que éstas no hayan sido reales. Claro que es posible verificar el dinero que uno tenía en el banco, mientras que los sentimientos no pueden ser fotografiados ni rastreados por una computadora.

Es posible que sólo una minoría de parejas hayan llegado a compartir toda la vida juntos. Es aceptable también que parte de ellas lo hayan logrado sólo por motivos sociales y no por verdadero amor, pero esto nunca será motivo para aseverar que el amor no puede durar el término de una vida humana, sino que ha de luchar contra enemigos poderosos, el mayor de los cuales es el propio egoísmo.

Si alguien quiere saber si ama, sólo tiene que preguntarse hasta dónde está dispuesto a sacrificarse por el otro.

A lo largo de la Historia muchas mujeres han demostrado sus sentimientos entregándose ingenuamente a los hombres que amaban, sólo porque ellos les pedían esta prueba, sin dar nada a cambio.

Cuando un hombre exige una demostración semejante se está quitando la careta. Claro que muchas lo han llegado a saber demasiado tarde. A un hombre que ama jamás se le ocurriría enturbiar el agua que ha de beber.

Arnaldo Bazán